NOTA PRELIMINAR

POR

REI BERROA

George Mason University

¿Existe algo que se llame «la literatura dominicana»? me preguntaba hace cierto tiempo un colega, tratando de ocultar su ignorancia con un barniz de mueca entre el sarcasmo y cierto mal gusto. Le contesté que si él no había oído hablar de Pedro Henríquez Ureña, Juan Bosch, Pedro Mir, Manuel del Cabral (y una larga lista de nombres que más respondía a mi indignación que al ánimo de informar) no se debía a la naturaleza del trabajo de mis autores citados, sino a la desidia de quienes sólo leen las obras de los escritores que estudiaron en sus años de escuela. A nivel amplio y general, el interés es todavía muy primitivo. Valga como botón de muestra la situación que ofrece la Modern Language Association (MLA). Cada año, entre el 27 y el 30 de diciembre, convienen a esta convención entre diez y quince mil personas, que se reúnen para escuchar unas dos mil quinientas charlas. En los últimos dos años (1985-1986) no ha habido ni siquiera una charla que se asomara al teatro, la poesía, la narrativa o el ensayo dominicano.

Por suerte, la situación está cambiando notablemente entre los miembros de nuestra profesión especializados en estudios iberoamericanos. Contrariamente a la actitud de aquel «ex colega» o al panorama descrito en el MLA, el escritor, el crítico y el académico de hoy muestran cierto estímulo por saber qué pasa en Dominicana, no sólo en cuestiones de política, sino sobre todo en aquellas cuestiones que miran a la salud cultural de la colectividad. A este respecto, creo que cabe mencionar el empeño de algunos colegas del mundo de las letras, fuera de los límites nacionales, por hacer algo más notoria la literatura y la cultura dominicanas. En abril de 1986, Carlos A. Rodríguez organizó en New Jersey el primer simposio que se hacía en los Estados Unidos dedicado exclusivamente a la República Dominicana. Este simposio sirvió para espolear a los que ya tenían

las riendas atadas al bocado y picar la curiosidad de aquéllos que apenas habían oteado en el horizonte la presencia de la literatura dominicana. Calladamente, un grupo mucho más amplio de lo que hemos podido advertir, ha ido poco a poco haciendo posible la creencia en la existencia de esta literatura. Los nombres son muchos; si no los menciono es por no almacenar listas en unas palabras destinadas tan sólo a presentar. Sepan ellos cuánto agradecemos su dedicación a hacer visible la escritura de esta porción de la isla.

Ahora es la tribuna de la *Revista Iberoamericana* la que ofrece sus estrados para la crítica de esta literatura. En el aliño de este número han entrado los escritores y críticos que han percibido la importancia capital de este compendio crítico, iniciado hace ya más de tres años. Una colega norteamericana me decía, en una conversación telefónica, que su determinación a escribir algo de valor para este volumen se debía a que, para ella, el texto de la *Revista Iberoamericana* sería de seguro lo único que se iba a leer de la literatura dominicana en muchas partes del mundo de habla hispana.

Sea o no así, la verdad es que el generoso reto que nos lanzara el director de la revista, Alfredo Roggiano, a quien se debe la iniciativa de este número, fue aceptado con entusiasmo por casi todos los críticos y escritores con los que lo pudimos compartir. Unos se pusieron a trabajar de inmediato y produjeron los textos de esta geografía literaria; otros, a pesar de su interés, vieron la tarea demasiado espinosa y decidieron que, si no tenían tiempo para producir algo serio (escribir en Dominicana es una odisea, pues el escritor sobrevive y sobrevive a contracorriente), preferían abandonar el intento y dar al traste con su objetivo; algunos, por esa misma dificultad del escritor, más acusada aún para la investigación crítica, no pudieron satisfacer los requisitos de la dirección. Estos trabajos que tiene el lector en sus manos, organizados en la forma en que aquí aparecen, son prueba irrefutable del interés que suscitaron los temas propuestos.

Normalmente la revista divide su material en Estudios, Notas y Reseñas. Esta vez, la división está hecha desde el abanico de los géneros (Narrativa, Poesía y Teatro), y, a falta de una sección dedicada al Ensayo y la Crítica, ausencia contraria a nuestros deseos y que lamentamos de veras, suplimos el vacío, en parte, con las reseñas y un breve homenaje a Pedro Henríquez Ureña, cuya estatura continental sobrepasa los intereses de la colectividad dominicana. De más está decir que estas reseñas dan una idea mínima de lo publicado en Dominicana en lo que respecta a ensayo-crítica, y que la presencia de los aquí seleccionados no obedece a mi interés por hacer asequible unos libros a expensas de otros. Después de haber reparado la mitad de su biblioteca, uno espera recuperar los libros que no

fueron reseñados. Este es siempre un riesgo en este tipo de empeños. Temas como la bibliografía literaria, después de la dictadura trujillista, el panorama de la narrativa contemporánea o del ensayo en el siglo xx, se quedaron en la corriente, no porque no los propusiéramos, sino porque o sus autores no los pudieron completar, o decidieron buscar otros caminos para llegar a nosotros. De cualquier modo, quiero yo que haya constancia de mi agradecimiento a los unos y a los otros. Tanto a aquéllos que han hecho posible la aparición de este volumen como a los que pusieron pie en él pero no dejaron huella.

Mencioné antes el exterior sin ánimo de oponerlo a la interioridad dominicana. Una de las mayores dificultades del crítico isleño es luchar contra el aislamiento de fuera y, más terrible aún, contra la marginación de la escritura en una sociedad en la que comprar un libro es casi un lujo y, para algunos, un delito. Por ello, cuando el profesor Roggiano me propuso la idea del número, pensé en la responsabilidad que afrontaba. Por un lado, como escritor y crítico, la escritura ha sido siempre para mí un tanteo entre la verticalidad de la luz del día (que dedicamos al rito del trabajo) y la horizontalidad de las horas de la noche (en que buscamos quitarle tiempo al sueño para reflexionar sobre el sentido de nuestras prioridades humanas). Si yo pudiera, me dije, conjugar ambas posiciones, podría producir una postura media entre nuestra espiritualidad vertical y la horizontalidad de nuestra materia. Esto podría llevar al diálogo del adentro con el afuera y viceversa. Para este diálogo necesitaba no sólo el compromiso vital de los que, con o sin vocación, se han dedicado a la escritura, tanto en la isla como en el continente, sino también el compromiso de la Revista con los lectores que, dispersos en las esquinas del mundo, esperan con interés el estímulo intelectual que la ha caracterizado durante los últimos cincuenta años. A mantener vivo este estímulo ha respondido el esfuerzo por lograr el diálogo que, así lo espero, estos trabajos van a abrir.

Finalmente, he de agradecer al director de la *Revista Iberoamericana* el honor de haberme invitado a dirigir este número. Después de haber escrito casi un centenar de cartas proponiendo temas de trabajo y ver qué tenía en mis manos, sólo media docena de ellos, dos meses después de la fecha de plazo, el maestro Roggiano, quien, sin conocer Dominicana, se siente atado a ella por el calor de su maestro Henríquez Ureña, me instigó a acometer, de nuevo, con alentadores ejercicios del mejor ánimo intelectual: «Vuelva usted de nuevo a cada uno y no deje de insistir. Yo no tengo manera de agradecerle su dedicación; pero van a ser la *Revista Iberoamericana*, sus lectores y la Patria Dominicana quienes se lo agradecerán, y con creces.» Evidentemente, el objetivo de este proyecto no es que

le agradezcan a su coordinador las múltiples horas dedicadas a él. Me contentaría con saber que a alguien, en algún lugar de la tierra, la lectura de este volumen le abriera el apetito por conocer una literatura cuya madurez no depende tanto del prisma de la crítica, que al fin y al cabo no es más que un metalenguaje, sino de la riqueza con que el escritor hace viva la conciencia de la colectividad. A ella apuntan los ejercicios de amor intelectual que afloran en las páginas que siguen.